

la conformación de esta obra, que refleja una vida de estudio, de recopilación, de escucha, pero sobre todo, de auténtico enamoramiento por la tradición lírica andaluza, asumido como compromiso, como él mismo declara cuando dice: “Pero podemos salvar del olvido todo este patrimonio inmaterial riquísimo de la literatura popular de transmisión oral, recogiénolo, ordenándolo, estudiándolo ...” (19), y una enorme generosidad al regalarnos envuelto en la sencillez de un “corto de número” corpus un universo lírico a lo largo del tiempo y el espacio en sus más diversas versiones y variantes. Todo lo cual queda patente en su libro *La niña y el mar. Formas, temas y motivos tradicionales en el cancionero popular hispánico*, obra paradigmática del quehacer filológico sobre la lírica tradicional.

MARÍA TERESA MIAJA DE LA PEÑA  
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Gabriel Moedano Navarro, *et al.* *In memoriam. Buenas noches Cruz Bendita... Música ritual del Bajío*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia / CONACULTA, 2012; 304 pp. (libro y 2 discos compactos).

A la serie Testimonio Musical de México del INAH aún le faltan culturas musicales por mostrar. Sin embargo, en uno de sus últimos números tocó ser difundida una tradición musical ya reconocida en otros dos trabajos anteriores: la música de concheros (números 2 y 35). Ello se justifica debido a que aborda otra pieza clave de una tradición fuerte y abigarrada en la que se dan procesos complejos de tradicionalidad e innovación. Además, con textos más extensos desde hace algunos números, los discos de la colección aportan una mejor descripción de las características del fenómeno musical, lo cual hace de la escucha también un caudal de conocimiento.

Al mismo tiempo, la Fonoteca del INAH busca reconocer el trabajo de los investigadores prominentes, quienes con su labor la-

braron los surcos por donde hoy se puede comprender mejor la naturaleza musical del mexicano. Este disco no es la excepción, y hace homenaje al etnólogo Gabriel Moedano, más conocido por su trabajo en la Costa Chica (que ya ha sido expuesto en otros dos números de la colección, el 33 y el 38). Estos dos elementos logran hacer de ésta una edición francamente formidable. Sin embargo, aún falta mencionar que son varios investigadores los que colaboraron para reconstruir un proyecto trunco. Cabrá hacer un poco de historia y conocer a nuestro personaje en relación a la música tradicional.

A Gabriel Moedano Navarro “las danzas lo llamaron desde muy pequeño” (15) pues observó en los hombros de su madre a los danzantes que asistían a la Villa de Guadalupe, además de entusiasmarse con los relatos del trabajo de campo de un primo arqueólogo. Tales antecedentes lo llevarían a entrar en contacto con el folclore, primero con Virginia Rodríguez en la Academia de la Danza Mexicana, y luego con el insigne esposo de ella, Vicente T. Mendoza, del que fuera su asistente en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM (16).

Moedano sostuvo amistad con el capitán conchero Andrés Segura, pero su investigación lo llevó a registrar las velaciones en el Bajío, en “sus legendarios sitios de origen” (19, 111). Su primera grabación dentro de esta tradición la realizó en San Miguel de Allende en 1966, y en los años subsecuentes realizó varios viajes a la región, de los cuales se desprendieron algunos artículos. No obstante, no pudo publicar sus grabaciones en vida. Al sorprenderle la muerte en el 2005, el material quedó sin la información adecuada sobre participantes, fechas y lugares. En cierta medida, el trabajo de todos los que intervienen en este fonograma es inicialmente una reconstrucción de lo que pudo saber el etnólogo.

En las introducciones de Benjamín Muratalla y de Dolores Ávila se describen los pormenores biográficos del homenajeado y de la realización de las notas. Los estudios abren con un amante de la cultura guanajuatense: Juan Diego Razo Oliva. Amigo del etnólogo, Razo Oliva pone de manifiesto las principales hipótesis de trabajo de Moedano acerca de la danza, quien “la identificó

como el rito folk que desde épocas antiguas, difíciles de precisar, han practicado cofradías o grupos de habitantes de varios pueblos de esa región, que se autodenominan Hermanos o guardianes de la Santa Cuenta” (24). Uno de esos ritos se lleva a cabo en el Cerro de Culiacán, en las inmediaciones de Victoria de Cortazar, Santiago Capitiro y Cañada de Caracheo, en Guanajuato, entre las cabeceras municipales de Yuriria, Salvatierra, Jaral del Progreso y Cortazar. Razo Oliva hace la comparación entre una velación conchera, según la documentó Moedano en aquel sagrado lugar, y una misa católica oficial, delineando las similitudes entre ellas, debidas, a decir de Razo Oliva, al profundo sincretismo religioso desde tiempos de la Colonia. En una segunda parte, realiza la comparación de cuatro versiones del “Corrido del Señor de Villaseca”, con una leyenda de raíz otomí y con el Evangelio de Juan, capítulo 8, acerca del tabú de la mujer adúltera.

El segundo estudio tiene otra perspectiva, la del danzante-practicante, como lo es el Jefe de la Mesa del Señor del Sacromonte, Amecameca, Gabriel Hernández Ramos. Desde las entrañas del culto se nos revelan los ámbitos principales de la vida del conchero. Los toques musicales y las oraciones son parte del culto y se aclara que “Las paradas de concheros del estado de Guanajuato por lo general no son danzantes, sino principalmente cantores y rezanderos” (64). En ello radica también la importancia del material sonoro reunido. La clasificación de los cantos concheros realizada por el maestro Gabriel Hernández resulta reveladora de voz de quien tiene un cargo importante en el culto y que muestra las facetas y su perspectiva alrededor de la tradición.

Por su parte, el texto de Anáhuac González González resulta ser una estupenda síntesis de las bifurcaciones históricas que tiene la tradición desde su mítico inicio en el Bajío, partiendo de las reflexiones acertadas que hiciera Gabriel en sus textos, hasta su relación actual con ritos milenaristas y templarios. También hace hincapié en la importancia de las peregrinaciones, las cuales forman una territorialidad sagrada hacia los cuatro puntos cardinales. Asume además que Moedano ya tenía claro el trasplante de la tradición que estaba ocurriendo desde 1978:

Recientemente, tanto entre algunos miembros como noveles investigadores que se han acercado a la danza, ha tomado fuerza una corriente que trata de fundamentar la suposición que los hace herederos directos de las danzas aztecas y por lo tanto de la correspondiente cosmovisión místico-religiosa. [...] Cuando que en todo caso habrían sido en otomí, como aún sostienen varios danzantes, dan testimonio algunos autores y puede escucharse en algunas velaciones del Bajío (78-79).

Años antes, en 1972, Moedano ya había escrito que se atribuía la introducción de la danza en la ciudad de México a don Jesús Gutiérrez, en el lejano año de 1876. Originario de San Miguel de Allende, levantaba un estandarte conocido entre los danzantes como “la reliquia general” (86), pero es hasta después de la persecución en tiempos de la Revolución, que se reagrupan y se hacen llamar concheros.

El documento siguiente, de Yolotl González Torres, también retoma los textos del etnólogo para dar luz sobre la ritualidad del culto y los misterios que aún están por develarse ante una ritualidad oculta de fuertes raigambres prehispánicas. El rito de la Santa Cuenta es fundamental, pues ahí se ponen los participantes en contacto con las ánimas de los difuntos. De igual manera, el misterio del hombre partido en cuatro y enterrado hacia los cuatro vientos es sorprendente. Otra característica es que en las velaciones se contrataban grupos de tres músicos que asistían a las celebraciones a la Santa Cruz. Eran llamados *paradas* de concheros, los cuales sólo a veces eran danzantes. Asimismo, se mencionan las *parandas*, sobre las cuales habría que profundizar acerca de su relación con los chimales, y la importancia ritual del Cerro de Culiacán. Al final hace un análisis, al igual que Moedano, de una de las alabanzas de conquista que se siguen entonando: “Cuando nuestra América”, donde yace la duda si puede ser tomada como fuente histórica.

El texto de Jelena Galovic, hablando desde la literatura mítica, hace relaciones interesantes entre distintas deidades y elementos rituales del mundo, con lo que el culto conchero se hermana con

todas ellas gracias a los arquetipos religiosos de la humanidad. En otro ámbito completamente distinto, la antropóloga Araceli Zúñiga Peña realiza una descripción pormenorizada de una velación dirigida por la guardiana Mercedes López Ortiz, a partir de la cual conoceremos en todo su simbolismo esotérico una versión de este tipo de rituales, los cuales suelen estar vedados a la mayoría de la gente.

El último texto, del investigador Andrés Medina Hernández, quien llegara a acompañar a Gabriel en sus visitas a la Basílica de Guadalupe el día de su cumpleaños, repara en los elementos constitutivos que están en la cimiento del culto: las tradiciones medievales paganas y los ritos prehispánicos relacionados con los ciclos agrícolas y su concepto de cuerpo, así como cita los conceptos de “puertos”, “calvaritos” o “retaches”, “la palabra” y el “súchil”. Su enfoque nos lleva a la conformación de las cofradías y demás instituciones que sobreviven al individualismo liberal del México independiente. Ciertamente, los ritos prehispánicos y el paganismo medieval tienen más en común de lo que creemos, pero el investigador difiere de los que ven en estas prácticas una “religiosidad popular”, sino tal vez un “cristianismo mesoamericanizado”.

Obviamente, cada uno de los trabajos retoma distintas facetas de la tradición; algunos se basan más en la observación, otros en los datos históricos y otros más en reflexiones más o menos temerarias. Por ello, de acuerdo a los intereses del lector, seguramente preferirá a algunos de los autores entre los demás. El libro no tiene una construcción preconcebida, sino es la suma de perspectivas de investigadores interesados en un tema por demás interesante. Cada texto incita a la reflexión y a profundizar en los cabos sueltos que dejó Gabriel Moedano y los surgidos de la complejidad misma de la ritualidad conchera. En este punto, el libro logra su objetivo, pues no sólo difunde sino genera conocimiento; y dada la poca difusión que tuvieron los trabajos del etnólogo, logra hacer un merecido homenaje al investigador y su tema de estudio.

Si cabe mencionar algún punto débil de la obra en general es que ninguno de los participantes tiene experiencia en la región que estudió Moedano. Es una pena que no haya habido un dis-

cípulo que siguiera sistemáticamente las pesquisas del etnólogo vertidas en ésta y otras publicaciones. Las fotografías tomadas en la región que acompañan el libro, realizadas por el que escribe estas líneas, quedan como accesorias sin un trabajo profundo en Querétaro y Guanajuato. Esperemos que entre la nueva generación de investigadores se pueda organizar prontamente un proyecto de investigación ambicioso e interdisciplinario, cuando los mismos procesos del Movimiento de la Mexicanidad borran las especificidades otomí-chichimecas de la tradición, como lo apunta Andrés Medina (258-261).

Varios de los autores de éste y otros trabajos relacionados con los concheros buscan relacionarlo con la información de códices y ritos de raíz mexicana, lo cual es un contrasentido histórico ya que el mismo Gabriel Moedano encontró entre los practicantes que su origen es otomí. El problema se hace más fuerte cuando los investigadores se basan en información obtenida en el Valle de México, si bien la tradición surge en el Bajío. Por ello, los datos de Moedano, aunque fragmentarios, son fundamentales para no idealizar una supuesta tradición mexicana.

Otro aspecto del problema es que varios practicantes investigadores asumen que todas las danzas que usan conchas son similares, provienen de un mismo origen y forman parte de una misma hermandad, muy en la óptica del Movimiento de la Mexicanidad. Por ejemplo, Yolotl González ha dado por sentado que danzas de apaches, de arco y flecha, entre otras, forman un mismo complejo, cuando todavía no se ha investigado a profundidad ni siquiera las danzas de Querétaro y Guanajuato. Reprocha al etnólogo desconocer un trabajo sobre la danza de Indios Brutos de León, Guanajuato (112), cuando esa danza no tiene que ver con las danzas concheras del altiplano central, a pesar de que usaron conchas en el pasado. Tales generalizaciones demuestran la falta de articulación entre expertos de danzas de Conquista que podría generar instrumentos de clasificación dancística más precisos, para evitar hacer *tabula rasa* de las especificidades regionales.

Respecto de las grabaciones que realizó Gabriel Moedano, están ordenadas tal y como se emplean en un ritual de velación,

según lo dejó escrito el mismo homenajeado y reafirma su comentarista, el jefe conchero Gabriel Hernández. El primer disco comienza con un hermoso ejemplo del “Llamamiento”, o “Llamado de ánimas”, al cual le continúan alabanzas, polcas y chotises; el segundo disco termina con un “Despedimento”. En total son 15 ejemplos musicales divididos en ambos soportes. Mención especial merece un “rezo-salmodia” en latín, otomí y/o español, el cual nos transporta al mundo de lo sagrado. Por supuesto, no podía faltar una alabanza que refiere a uno de los cerros sagrados, “Santa Cruz de Culiacán”, a la adorada “Santa Rosita”, al arcángel protector “Padre mío San Miguelito”, y otra más que da título a la compilación, además de dos de los ejemplos analizados por los investigadores: el corrido-alabanza de “El Señor de Villaseca” y la relación “Cuando nuestra América”.

Es imposible saber con toda certeza quiénes son todos los intérpretes de las piezas. Hay ejemplos grabados durante la ceremonia, mientras la mayor parte de las alabanzas fueron recopiladas sin contestación colectiva. Después de haber asistido en tres ocasiones al Cerro de Culiacán en los días de velación de cruces, podría asegurar que los intérpretes del famoso vals “Sobre las olas”, las polkas, los chotises, y de las alabanzas “fuera de ceremonia”, pertenecen a un trío de cuerdas de Santa Cruz de Juventino Rosas llamado “Los concheros”, personas que, como expuso Gabriel Moedano, no son danzantes. Sus instrumentos son ahora un banjo y dos guitarras sextas, los cuales son amplificadas con altavoces; no usan vestimenta especial y son contratados *ex profeso* para la velación, por lo que nadie responde a sus versos. Por ello, como investigadores, aún estamos en deuda con los portadores de la tradición, para re-conocerlos y definir el corazón latente de un culto del cual sólo se han descrito las características de su envoltura más actual. Del mismo modo, invoco el alma del compadrito Gabriel para darle las gracias por marcarnos una senda desaprovechada de luminosa investigación, como lo atestigua este trabajo.